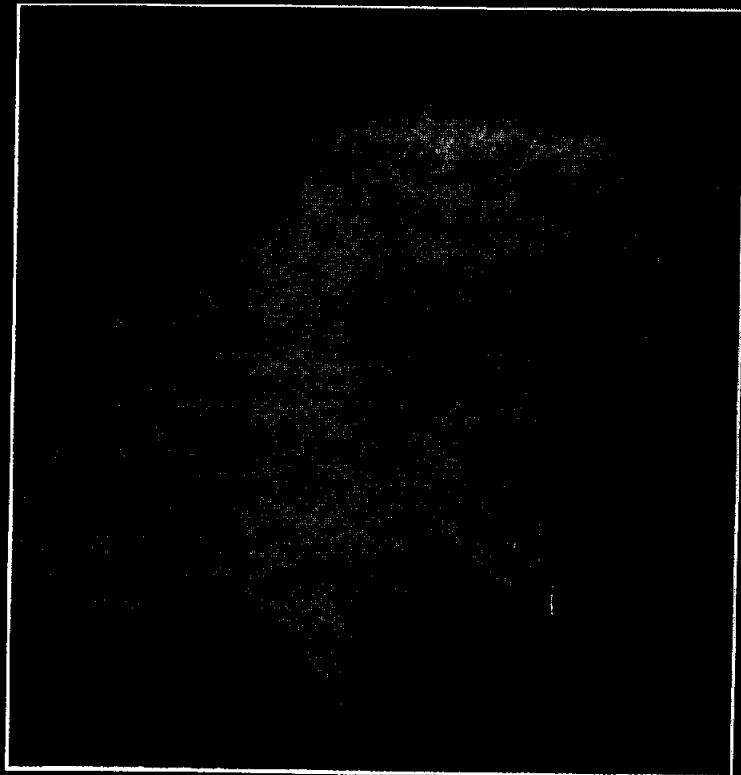


Theromimus boldi



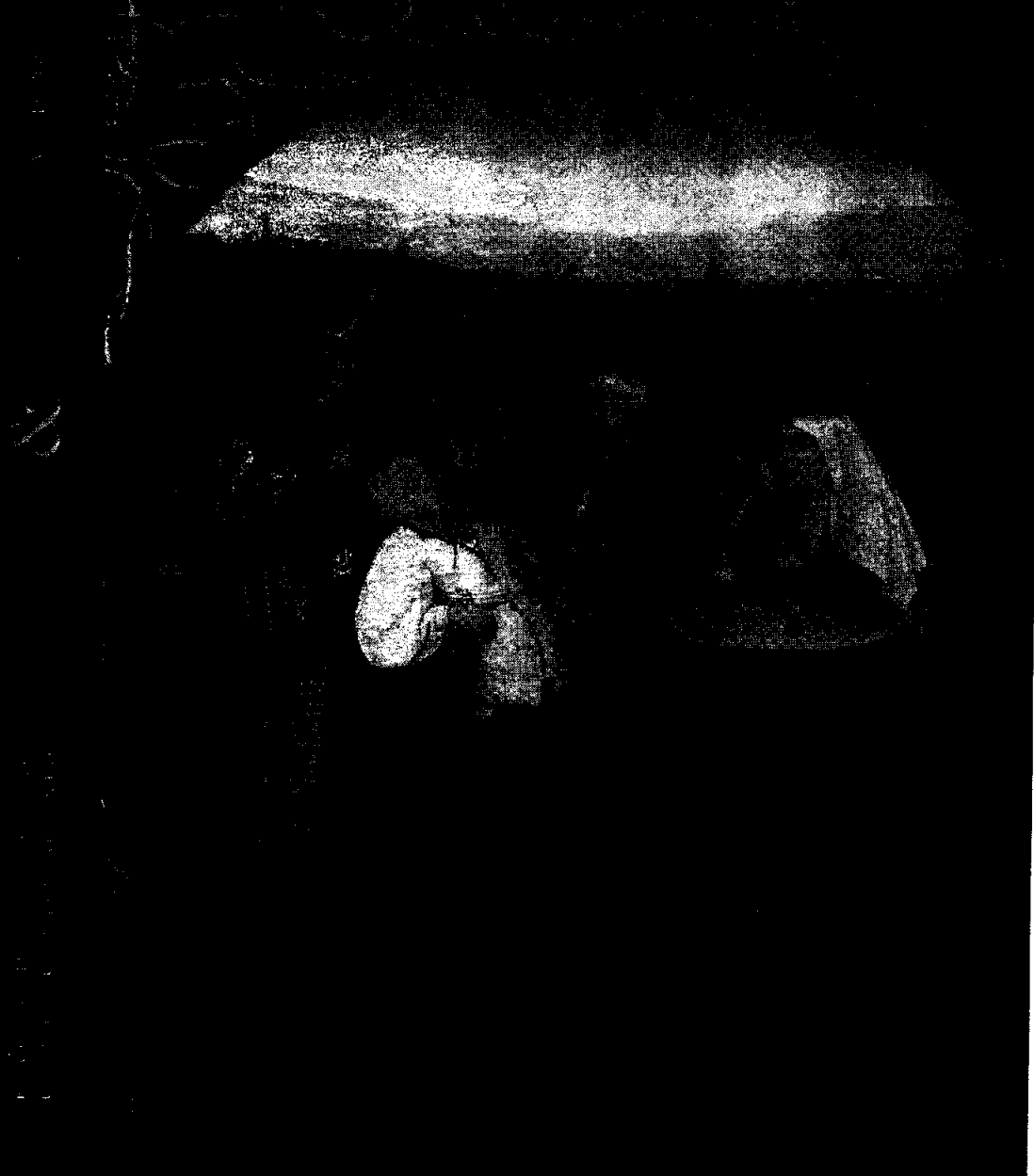
7 707184 800060

1977  
No. 7  
Vol. 10, No. 7  
July 1977

&

PUBLISHED BY  
SOCIETY OF  
ENTOMOLOGISTS  
EX 0122 STON  
VOLUME 10

ENTOMOLOGICAL SOCIETY OF AMERICA



DIRECTOR  
Luis Giraldo Isaza

COMITÉ EDITORIAL  
Osvaldo Arcos  
Fabián Gaitán  
José Malaver  
Fernando Vitescas

EDITOR  
Luis Giraldo

COMITÉ DE SECCIÓN  
Miguel Ángel  
Jorge Gaitán  
Osvaldo Arcos  
Fabián Gaitán  
José Malaver  
Fernando Vitescas  
Luis Giraldo  
Osvaldo Arcos  
Fabián Gaitán  
José Malaver  
Fernando Vitescas

COLABORADORES

INTRODUCCIÓN DE APEYO

Osvaldo Arcos  
Fabián Gaitán  
José Malaver  
Fernando Vitescas  
Luis Giraldo

PREMIOS DE LOS

Escritores de la revista  
Luis Giraldo Isaza  
Fabián Gaitán  
José Malaver  
Fernando Vitescas  
Luis Giraldo

COMITÉ

Fabián Gaitán  
Osvaldo Arcos  
Luis Giraldo  
Fernando Vitescas  
José Malaver  
Luis Giraldo  
Osvaldo Arcos  
Fabián Gaitán  
José Malaver  
Fernando Vitescas  
Luis Giraldo

EL GRAN COMITÉ EDITORIAL  
Osvaldo Arcos  
Fabián Gaitán  
José Malaver  
Fernando Vitescas  
Luis Giraldo

Osvaldo Arcos  
Fabián Gaitán  
José Malaver  
Fernando Vitescas  
Luis Giraldo

SANTA FE DE BOGOTÁ  
1111111

## 2 Editorial

### Psicoanálisis

- 6 100 años de psicoanálisis  
*Traducción de José Malaver*
- 58 El psicoanálisis: situación y límites  
*Cornelius Castoriadis*

### Arte

- 76 El Bosco: El bosque del inconsciente  
*Fabio Giraldo Isaza*

### Psicoanálisis

- 92 Homenaje a Estanislao Zuleta a diez años de su muerte  
*José Malaver*
- 102 Sino, destino, azar y casualidad  
*Simon Brainsky L.*

### Filosofía Política

- 124 Lo justo entre lo legal y lo bueno  
*Paul Ricouer*
- 144 Negocios son negocios  
*Jean Pierre Dupuy*

### Economía Política

- 158 La racionalidad del capitalismo  
*Cornelius Castoriadis*
- 188 Las instituciones colombianas en el siglo XX  
*Salomón Kalmanovitz*

### Ciencia

- La historia explicada por las amebas  
*Claude Lévi-Strauss* 226
- Edelman pasado por la criba de la crítica filosófica  
*Jhon R. Searle* 234

### Ciudad

- La biblioteca pública, la lectura y la ciudad  
*Fernando Vitescas* 244

### Sociología del arte

- De la mirada al vistazo  
*Ricardo Arcos Palma* 264

### Libros

- Justicia Poética  
Construcción de una nueva sociedad  
derechos@glob.net  
La globalización  
Ensayos  
Las muertes de Roland Barthes 284



Portada: La extracción de la piedra de la lacura  
Óleo sobre tabla 48 X 36 cm.



Contraportada: El Bosco, presunto autorretrato  
Óleo sobre tabla

SUSCRIPCIONES Y COMUNICACIONES

Calle 54 N° 4-42 oficina 101, Santafé de Bogotá, Colombia.  
Telefax: (57-1) 3126296; 2139937; 3107250. Apartado Aéreo 36305.  
E-mail: fagio@usa.net

# La racionalidad del capitalismo<sup>1</sup>

Por: CORNELIUS CASTORIADIS  
Traducción del francés de José Malaver.



La meditación de San Antonio, detalle  
Óleo sobre tabla

Para Vassili Gondicas,  
la facultad del juicio hecha hombre.

Puede parecer extraño discutir aún sobre la «racionalidad económica» del capitalismo contemporáneo en una época en la que el desempleo oficial alcanza en Francia los tres millones y medio de personas y más del 10% de la población activa en los países de la CEE, y en la que los gobiernos europeos responden a esta situación reforzando las medidas deflacionarias, y reduciendo el déficit presupuestario. La cosa se vuelve menos extraña, o mejor, la extrañeza se desplaza, cuando se considera la increíble regresión ideológica que golpea a las sociedades occidentales desde hace unos veinte años. Cosas que se consideraban adquiridas en buen derecho, tal como la crítica devastadora de la economía política académica por la escuela de Cambridge entre 1930 y 1965 (Sraffa, Robinson, Kahn, Keynes, Kalecki, Shackle, Kaldor, Pasinetti, etc.), no sólo no son discutidas o refutadas, sino que simplemente se han silenciado u olvidado, mientras que invenciones ingenuas e inverosímiles, como la «economía de la oferta» o el «monetarismo», están en primera fila, al mismo tiempo que los cantores del neoliberalismo presentan sus aberraciones como evidencias del buen sentido, y la libertad absoluta de los movimientos del capital está arruinando sectores enteros de la producción de casi todos los países y la economía mundial se transforma en casino planetario.

Esta regresión no se limita al campo de la economía. Prevalece también en el dominio de la teoría política (carácter indiscutido e indiscutible de la «democracia representativa» en el momento mismo en que ésta es cada vez menos considerada en todos los países en los que tiene algún pasado), y más generalmente en las disciplinas

<sup>1</sup> Exposición realizada en el coloquio del CIRFIP, «Racionalidad instrumental y sociedad», en octubre de 1996, con el título: «Notas útiles para una crítica de la «racionalidad» del capitalismo». La presente versión, ampliada y modificada de manera considerable, debe mucho a las anotaciones críticas de mi amigo Vassili Gondicas. Cabe anotar que yo soy el único responsable de los errores eventuales o de las debilidades de este texto. [Publicado antes en la *Revue internationale de psychosociologie, La Résistible Emprise de la rationalité instrumentale*, vol. IV, no 8, otoño de 1997, p. 31-51.]

humanas, como lo testimonia, por citar sólo un ejemplo, la ofensiva científica y positivista contra el psicoanálisis que está en pleno apogeo desde hace quince años en Estados Unidos.

El trasfondo social-histórico de esta regresión es visible a simple vista. Esta acompaña una reacción social y política en curso desde fines de los años 70, de la que los «socialistas» fueron en Francia los principales artesanos, y donde nada por el momento dejaba prever el final, salvo, en un futuro vago y lejano, el carácter autodestructor de este nuevo curso del capitalismo. Pero incluso esta perspectiva no podría ofrecer una consolación, pues lo que está en juego es mucho más que el suicidio del capitalismo, como lo muestra entre otras la destrucción del medio ambiente a escala planetaria. El análisis crítico de la evolución presente sólo se vuelve más que imperativo. Pero ese no es el objeto principal de este texto.

El capitalismo es el primer régimen social que produce una ideología a partir de la cual este será «racional». La legitimidad de los otros tipos de institución de la sociedad era mítica, religiosa o tradicional. En el caso presente, se pretende que exista una legitimidad «racional». Por supuesto, ese criterio, ser racional (y no consagrado por la experiencia o la tradición, dada por los héroes o los dioses, etc.), es propiamente instituido por el capitalismo; y todo sucede como si ese hecho, al haber sido muy recientemente instituido, en lugar de relativizarlo, lo hubiera vuelto indiscutible. Por poco que se reflexione, no se puede evitar la pregunta: ¿qué es entonces la racionalidad, y cuál racionalidad? El capitalismo podría valerse de cierto hegelianismo: la razón, es la operación conforme a un fin, decía el viejo maestro de Marx. Es entonces la *conformidad* de la operación a su fin lo que sería el criterio de la racionalidad. En ese sentido, no podríamos dejar de preguntar: ¿qué hay de la racionalidad del fin mismo?. Esta racionalidad confinada a los medios, que Max Weber llamaba curiosamente *Zweckrationalität*, es decir, racionalidad *relativa a un fin* supuestamente admitido, racionalidad instrumental, no tiene visiblemente ningún valor en sí misma. La elección del mejor veneno para envenenar a su esposo, o la de la bomba H más eficaz para exterminar millones de personas, por su «racionalidad misma», aumenta el horror que sentimos no sólo en cuanto al fin perseguido sino en cuanto a los medios que permiten alcanzarlo con una eficacia máxima. La ideología capitalista pretende, sin embargo, en sus momentos más filantrópicos, afirmar un fin de la «racionalidad», que sería el «bienestar».

Pero su especificidad viene de que identifica ese bienestar con un máximo - un óptimo - económico, o bien pretende que éste resulte con seguridad o muy probablemente de la realización de ese máximo u óptimo. Así, directa o indirectamente, la racionalidad se reduce a la racionalidad «económica», y ésta se define de una manera puramente cuantitativa como maximización/minimización - maximización de un «producto» y minimización de los «costos». Evidentemente, el régimen mismo decide lo que es un producto - y cómo se evaluará -, así como también decide los «costos» y su monto<sup>2</sup>.

Notemos que la relatividad del criterio último es conocida por toda la cultura, al menos desde Max Weber, para no remontarnos hasta Heródoto. Toda sociedad instituye a la vez su institución y la «legitimación» de ésta. Esta legitimación, término impropio, occidental, que ya remite a una «racionalización», está casi siempre implícita. O mejor, esta es «tautológica»: las disposiciones del Antiguo Testamento o del Corán tienen su «justificación» en lo que ellos mismos afirman: «sólo hay un Dios, que es Dios», y estos representan la palabra y la voluntad. En otros casos - las sociedades arcaicas -, encuentran esta justificación en el hecho de que ha sido dada por los ancestros, objetos de reverencia y honra de acuerdo a lo que la institución prescribe. Asimismo es tautológica la «legitimación» del capitalismo por la racionalidad: ¿quién, al interior de esta sociedad, salvo tal vez un poeta o un místico, se atrevería a alzarse contra la «racionalidad»?

Ese círculo de la institución sólo es, por supuesto, una instancia del círculo de la creación. La institución sólo puede existir si asegura su existencia, y la fuerza bruta es en general incapaz de cumplir ese rol salvo en períodos cortos<sup>3</sup>. Abramos un paréntesis para preguntarnos lo que sucedería a este respecto con una sociedad autónoma, a saber una sociedad capaz de poner de nuevo en cuestión, explícita y lúcidamente, sus propias instituciones. En un sentido, ella no podrá salir de ese círculo de manera evidente. Afirmará que la autonomía social y colectiva «vale». Desde luego, podrá justificar en delante su existencia por sus obras, entre las cuales está el tipo antropológico de indivi-

<sup>2</sup> \_ Ver mi texto de 1974, «Reflexiones sobre el "desarrollo" y la "racionalidad" », retomado en *Dominios del hombre*, París, Ed. Seuil, 1984, en particular el No. 4, «La ficción de un a economía "racional"».

<sup>3</sup> \_ Ver mi texto «Poder, política y autonomía» (1988), retomado en *Le Monde* Morcelé, París, Ed. Seuil, 1990, p. 113-140. Publicado también en *Ensayo & Error* No 1. Colombia. Noviembre de 1996. Pags 6-21. Hay versión en español, "Colombia el despertar de la modernidad". Fabio Giraldo y Fernando Vivescas compiladores. Foro Nacional por Colombia. SantaFe de Bogotá, septiembre de 1991. Pags 90-111

duo autónomo que creará. Pero la evaluación positiva de estas obras dependerá, no sólo de criterios, sino más generalmente de significaciones imaginarias sociales, que ella misma habrá instituido. Esto es para recordar que al fin de cuentas ningún tipo de sociedad puede encontrar su justificación por fuera de ella misma. No se puede salir de ese círculo, y no es esto lo que puede constituir el fundamento de una crítica del capitalismo.

Es necesario notar que, en el último período, los ideólogos de oficio finalmente abandonaron la pretensión de justificar o legitimar el régimen; estos se remiten simplemente al fracaso del «socialismo real» - como si las actividades de Landru justificaran las de Stavisky - y a las cifras del «crecimiento», ahí donde éste continúa dándose. Estos eran más arriesgados antes, cuando escribían tratados de *economía del bienestar* (*Welfare economics*). También es cierto que el lamentable estado de los excríticos profesionales («marxistas» o que se pretenden como tales) del capitalismo permite a estos ideólogos, en completo acuerdo con el espíritu de la época, poner de lado toda pretensión de seriedad.

En todo caso, nuestra crítica será en esencia inmanente; tratará de mostrar que, en el plano teórico, las construcciones de la economía política académica son incoherentes, están privadas de sentido, o sólo valen para un mundo ficticio; y, que el plano empírico, el funcionamiento efectivo de la economía capitalista tiene muy poca relación con lo que se dice en la «teoría». Dicho de otra manera, se hará la crítica del capitalismo según sus criterios mismos. La discusión se agrupará en cuatro partes:

- la especificidad y relatividad social-histórica de la institución capitalista;
- la ideología teórica de la economía capitalista;
- la realidad efectiva de la economía capitalista;
- los factores de la eficacia productiva de la sociedad capitalista y de su «resistencia» social-histórica.

### Especificidad y relatividad social-histórica de la institución capitalista

Para alguien que haga una visión general de la historia, el rasgo característico del capitalismo, entre todas las formas de vida social-histórica, es sin duda alguna la posición de la economía -de la producción y el consumo, pero también, y mucho más, de los «crite-

rios» económicos- como lugar central y valor supremo de la vida social. Un corolario de esto es la constitución del «producto» social específico al capitalismo. En pocas palabras, todas las actividades humanas y todos sus efectos llegan, más o menos, a ser considerados como actividades y productos económicos, o, por lo menos, como caracterizados y valorizados esencialmente por su dimensión económica. Es inútil agregar que esta valorización se hace sólo en términos monetarios.

Este aspecto era francamente reconocido desde finales del siglo XVIII, o incluso antes. Las justificaciones de la indiferencia moderna ante los asuntos comunes y la política<sup>4</sup> invocan la centralidad de los intereses económicos para el hombre moderno. Tanto Saint Simon, como Augusto Comte serán los autores de la época «industrial» o «positiva». Las páginas de Marx en los *Manuscritos de 1844* relativas a la transformación de todos los valores en valores monetarios son bellas y fuertes; estas no contrastan con la opinión de la época por el contenido (ver Balzac) sino por la virulencia de la crítica. Pero es característico que la fuerte conciencia de la historicidad del fenómeno presente en la época será rápidamente ocultado por los apologistas del nuevo régimen, reclutados sobre todo en los economistas. Esta ocultación tomará la forma de una glorificación del capitalismo, presentado como régimen económico «racional», cuya aparición señala un triunfo de la razón en la historia y relega los regímenes precedentes en la oscuridad de los tiempos «góticos» (para retomar una palabra más antigua de Siéyès) o primitivos. La emergencia histórica del capitalismo se convierte, bajo su pluma, en una epifanía de la razón, y por esto mismo se asegura un futuro indefinido. Como lo escribía Marx, «para ellos hubo historia, pero ya no la hay».

Curiosamente, o no, si se piensa en las ventajas ideológicas de esta postura, la negación de la historicidad del capitalismo prevaleció en los economistas desde Ricardo hasta ahora. Se ha glorificado la economía política, y su objeto, como investigación de «la lógica pura de la elección» o estudio de la «asignación de medios limitados a la realización de objetivos ilimitados» (Robbins). Como si esa elección pudiera ser totalmente independiente, en sus criterios y en sus objetos, de la manera social-histórica en la que se ejerce; y como si sólo se refiriera a la economía (o, respectivamente, como si a la economía pudiera subordinarse todas las actividades humanas

<sup>4</sup> \_ Ya presente en Ferguson (*An Essay on the History of Civil Society*, 1759) y en Benjamin Constant (*De la liberté des Anciens, comparée à celle des Modernes*, 1819).

en las que una elección cualquiera debe ejercerse, desde la estrategia hasta la cirugía). Esta aberración se ha hecho evidente en el período reciente, en el que se han visto proliferar «economías» y pretensiones al cálculo económico casi en todas partes (desde la educación hasta la represión penal). Es claro que, en esta perspectiva, los «razonamientos» de la ciencia económica (en lo sucesivo escribo esa palabra sin comillas para evitar los excesos) se aplicarían de derecho, e incluso de hecho, a todas las sociedades que han o habrán existido.

Bajo otra forma, esas ideas han sido reconstruidas en superficie bajo la pluma de F. Von Hayek. La sociedad capitalista habría probado su excelencia -su superioridad- por selección darwiniana. Esta se habría revelado como la única capaz de sobrevivir en la lucha con las otras formas de sociedad. Además de la absurdidad de la aplicación del esquema darwiniano a las formas sociales en la historia, y la repetición de la falacia clásica (la supervivencia de los más aptos es la supervivencia de los más aptos para sobrevivir; la dominación del capitalismo muestra simplemente que él es el más fuerte, en el límite en el sentido más bruto y brutal de ese término, que no quiere decir que sea el mejor o el más «racional» - el «anti-metafísico». Hayek se muestra aquí hegeliano de la especie más vulgar), sabemos que las cosas no sucedieron así. Lo que se observa en los siglos XVI, XVII y XVIII no es una competencia entre un número indefinido de regímenes en la que el capitalismo fue el vencedor, sino la enigmática sinergia de una serie de factores que conspiran todos hacia el mismo resultado<sup>5</sup>. Que, a continuación, una sociedad fundada sobre una tecnología altamente evolucionada haya podido mostrar su superioridad exterminando naciones y tribus amerindias, aborígenes de Tasmania o australianas, y esclavizando a muchas otras, no representa un gran misterio.

No es necesario enumerar aquí los ejemplos y los estudios que muestran como casi la totalidad de la historia humana se ha desarrollado en regímenes donde la «eficacia» económica, la maximización del producto, etc., no eran de ninguna manera los referentes centrales en las actividades sociales. Esto no quiere decir, que estas sociedades hayan sido positivamente «irracionales» en el plano de la organización de su trabajo o sus relaciones de producción. Sino que casi siempre, sobre un nivel

<sup>5</sup> Ver mi libro *La institución imaginaria de la sociedad*, primer parte (1965), retomada en las ediciones de Seuil (1975), p. 62 [reed. Col. «Points Essais», p. 66], y «Reflexiones sobre el "desarrollo" y la "racionalidad"» (1974), art. Citado.

tecnológico dado, la vida social se desarrolla con otras preocupaciones diferentes a la de mejorar la «productividad» del trabajo por invenciones técnicas o por reorganizaciones de los métodos de trabajo y de las relaciones de producción. Esos sectores de las actividades sociales estaban subordinados e integrados a otros que se consideraban cada vez como encarnando las finalidades principales de la vida humana y, sobre todo, estos no estaban *separados* en tanto «producción» o «economía». Esas separaciones son muy tardías y, en lo esencial, fueron instituidas al mismo tiempo que el capitalismo, por él y para él. Nos limitaremos a recordar los trabajos de Ruth Benedict sobre los Indígenas de América del Norte, de Margaret Mead sobre las sociedades del Pacífico, de Gregory Bateson sobre los Bali, etc., sin olvidar los de Pierre Clastres sobre los Tupi Guarani y de Jacques Lizot sobre los Yanomami. En el período más reciente, Marshall Sahlins (*Edad de piedra, Edad de abundancia*) ha suministrado la síntesis más satisfactoria a estas preguntas. Por lo demás, no se trata de ningún modo de los únicos «primitivos». La antropología económica de la Grecia antigua conduce a conclusiones análogas, al igual que el análisis de las sociedades medievales<sup>6</sup>.

Todos los trabajos sobre la emergencia del capitalismo en Europa occidental muestran fuertemente la «contingencia» histórica de ese proceso, cualquiera que sea la validez intrínseca. Es así en Max Weber, Werner Sombart, Richard Tawney, etc. Incluso para alguien tan convencido de la «necesidad histórica» en general y de la del capitalismo en particular como Karl Marx, el nacimiento del capitalismo es inconcebible sin lo que él llama, a justo título, la acumulación primitiva, y la que muestra ampliamente (capítulos XXVI a XXXII del primer volumen del *Capital*) que está condicionada por factores que no tienen nada de «económicos» y no deben nada al «mercado», sobre todo las exacciones, el fraude y la violencia privadas y estatales<sup>7</sup>. Karl Polanyi realizó magistralmente un trabajo análogo, para un período más reciente, en *La gran transformación*<sup>8</sup>.

Antes de ir más lejos, la pregunta se plantea para una caracterización satisfactoria del régimen capitalista. Se sabe, al menos desde Marx, que el rasgo específico del capita-

<sup>6</sup> Ver la obra fundamental de Aaron J. Gourevitch, *Las Categorías de la cultura medieval*, París, Gallimard, 1983.

<sup>7</sup> Se tiene una nueva demostración in vivo -y in anima vili- en el carácter propiamente mafioso de la «re-acumulación primitiva» operada por el proceso de «privatización» en las sociedades de los países excomunistas.

<sup>8</sup> Existe edición en español. *La Gran Transformación crítica al liberalismo económico*. Ediciones La Piqueta. Madrid. 1997.

lismo no es la simple acumulación de riquezas. El atesoramiento es practicado en muchas sociedades históricas y se conocen igualmente tentativas de darle valor a la tierra a gran escala con el trabajo servil por propietarios latifundistas (sobre todo, cercanos a nosotros, en la Roma Imperial). Pero la simple maximización (de la riqueza, de la producción) no es, como tal, suficiente para caracterizar el capitalismo. Marx había captado el núcleo esencial del asunto, cuando planteaba como determinantes del capitalismo la acumulación de las fuerzas productivas combinada con la transformación sistemática de los procesos de producción y de trabajo y lo que él llamaba «la aplicación razonada de la ciencia en el proceso de producción»<sup>9</sup>. Lo que constituye el elemento decisivo no es la acumulación como tal, sino la transformación continua del proceso de producción con miras al crecimiento del producto combinado a una reducción de los costos. Esto contiene lo esencial de lo que Max Weber llamará en seguida la «racionalización» y correctamente dirá, que bajo el capitalismo esta tiende a apoderarse de todas las esferas de la vida social, en particular como extensión del imperio de la calculabilidad. Georg Lukács agregará a las visiones de Marx y Weber importantes análisis sobre la reificación del conjunto de la vida social producida por el capitalismo.

¿Por qué la «racionalización»? Como todas las creaciones históricas, la dominación de la tendencia hacia esta «racionalización» es desde la base «arbitraria»; no podemos deducirla ni producirla a partir de otra cosa. Pero podemos caracterizarla más de cerca ligándola a algo más conocido, más familiar, y expresado de otras formas en otros tipos de organización social: la tendencia hacia el dominio. En particular, esto nos permite operar una unión con unos de los rasgos más profundos de la psique singular: la aspiración a la omnipotencia. Esta tendencia, este *empuje* hacia el dominio no es tampoco exclusividad específica del capitalismo; las organizaciones sociales orientadas hacia la conquista, por ejemplo, también lo manifiestan. Pero podemos aproximarnos a la especificidad del capitalismo si consideramos dos de sus características esenciales. La primera es que este empuje hacia el dominio no está simplemente orientado hacia la conquista «exterior» sino que se dirige igualmente y aún

más a la totalidad de la sociedad. No sólo en la producción este dominio debe realizarse, sino también en el consumo, y no solamente en la economía, sino en la educa-

<sup>9</sup> \_ La separación del productor y de los medios de producción no es en absoluto específico al capitalismo; esta ya estaba presente en la esclavitud.

ción, el derecho, la vida política, etc. Sería un error -el error marxista- ver esas extensiones como «secundarias» o instrumentales relativas al dominio de la producción y de la economía consideradas como esencial. Es la misma significación imaginaria social la que se apodera de las esferas sociales unas después de otras. Que esta «comience» por la producción no es desde luego azar: es en la producción que los cambios de la técnica permiten primero una racionalización dominadora. Pero la producción no es el monopolio. De 1597 a 1607, Maurice de Nassau, príncipe de Orange y Stathouder de Holanda y Zelandia, fija, con ayuda de sus hermanos Guillaume-Louis y Jean, las reglas estándar para el manejo del mosquete: estas comprenden alrededor de cuarenta movimientos precisos que el mosquetero debe efectuar en orden y según un ritmo fijo y uniforme para toda la compañía. Esas reglas serán formuladas por Jacoh de Ghyn en un Manual sobre el manejo de las armas, publicado en Amsterdam en 1607, éste tendrá inmediatamente una gran difusión en Europa y será traducida por orden del zar en una Rusia prácticamente analfabeta<sup>10</sup>. La segunda característica, es evidente que el impulso hacia el dominio se da con medios nuevos, y medios de un carácter especial -«racional», es decir «económico»-, para lograrse. Ya ni la magia ni la victoria en las batallas son los medios, sino precisamente la racionalización, que toma aquí un contenido particular, completamente específico: el de la maximización/minimización, es decir de la *extremización*, si se puede forjar ese término a partir de las matemáticas (máximo y mínimo son dos casos del extremo). Al considerar este conjunto de hechos es como podemos caracterizar la significación imaginaria social nuclear del capitalismo como el empuje hacia la extensión ilimitada del «dominio racional». Más adelante explicaré lo de las comillas.

Esta extensión ilimitada del dominio racional va a la par con, y está encarnada en, muchos otros movimientos social-históricos. No quiero hablar de las consecuencias del capitalismo (por ejemplo, la urbanización y los cambios de carácter de las ciudades), sino de los factores cuya presencia ha sido la condición esencial de su emergencia y desarrollo:

• La enorme aceleración del cambio técnico, fenómeno históricamente nuevo (esta constatación es banal, pero debe ser subrayada). Esta aceleración se apoya en la eclosión científica que había comenzado antes

<sup>10</sup> \_ Ver William H. McNeill, *Keeping Together in Time*, Harvard University Press, 1996, y la crítica de John Keegan en el *Times Literary Supplement*, 12 de julio de 1996, p. 3 y 6 de septiembre de 1996, p. 17.

del «Renacimiento», pero se acentúa enormemente en éste. El desarrollo científico se transforma en el período reciente en un movimiento autónomo de la tecnociencia. Un rasgo particular de esta evolución de la técnica debe subrayarse: Esta está, de manera predominante, orientada hacia la reducción, y luego la eliminación del rol del hombre en la producción. Esto se entiende, puesto que el hombre es el elemento más difícil de dominar; pero conduce al mismo tiempo a irracionalidades de otro tipo (por ejemplo, las debilidades de los sistemas técnicos pueden tener consecuencias catastróficas).

- El nacimiento y la consolidación del Estado moderno. El desarrollo del capitalismo en Europa occidental va a la par con la creación del Estado absolutista, que lo nutre y facilita en muchos aspectos. Al mismo tiempo, este Estado centralizado se burocratiza: una jerarquía burocrática con «buen orden» se sustituye al entreveramiento feudal más o menos caótico. Esta burocratización del Estado y de la armada dará un modelo de organización a la empresa capitalista naciente.

- En los casos más importantes (Inglaterra, Francia, Países Bajos...), la creación del Estado moderno es paralela a la formación de las naciones modernas. Así se constituye una esfera nacional que, tanto desde el punto de vista económico (mercados nacionales protegidos y coloniales, entregas estatales) como desde el punto de vista jurídico (unificación de las reglas y de las jurisdicciones), es esencial para la primera fase del desarrollo del capitalismo.

- Se da una mutación antropológica considerable. El motivo económico, por grado o por fuerza, tiende a suplantar a todos los otros. El ser humano se convierte en homo economicus, es decir homo computans. La jornada es reabsorbida en el tiempo medible, impuesto a todos. El tipo de empresario schumpeteriano, luego el especulador, se vuelve central. Las diferentes profesiones están más o menos impregnadas por la mentalidad del cálculo y la ganancia. Al mismo tiempo, una psicología obrera, caracterizada por la solidaridad, la oposición al orden existente y su cuestionamiento, nace y se desarrolla, y se opondrá durante casi dos siglos a la mentalidad dominante condicionando el conflicto social.

- Precisamente, y sobre todo, el capitalismo nace y se desarrolla en una sociedad donde está presente, desde el comienzo, el conflicto, y más específicamente, la puesta en cuestión del orden establecido. Al

principio se manifiesta como un movimiento de la proto-burguesía que quiere la independencia de las comunas, esta puesta en cuestión traduce al final en las condiciones de la Europa occidental en la recuperación del movimiento antiguo hacia la autonomía y se desplegará bajo las formas del movimiento democrático y obrero. La evolución del capitalismo después de un estado inicial es incomprensible sin esta contestación interna, que ha sido de una importancia decisiva como condición misma de su desarrollo, como se recordará más adelante.

### La ideología teórica de la economía capitalista

Lo que actualmente se considera como «ciencia económica» ha sido el objeto de muchas críticas devastadoras, y mantiene tan pocas relaciones con la realidad, que ocuparse de ello aún puede parecer tan anacrónico y poco útil como fustigar unos caballos muertos. Pero la regresión ideológica de la época es, como ya lo hemos anotado, tan grande y en particular, el hecho de que los restos de esas «teorías» sobrevivan aún en tantos espíritus confusos, y no sólo los de los periodistas, vuelve necesario un ejercicio básico de recapitulación.

Hubo una economía política clásica, que se acaba de hecho con Marx. Pero, como éste último ya lo anotaba, lo que había sido esfuerzo de fuerte análisis de la nueva realidad social emergente con sus predecesores clásicos se había convertido rápidamente, en las manos de los epígonos de Smith y de Ricardo, en ejercicio de defensa y glorificación del nuevo régimen. Después de una fase de apologética vulgar, la economía política incorpora los hábitos matemáticos, lo que le permite pretensión de «cientificidad». Pero el carácter ideológico de la nueva ciencia es traicionado por su esfuerzo persistente de presentar el régimen como inevitable y óptimo a la vez. Se constatará fácilmente que cualquiera de estas virtudes sería suficiente; lo inevitable no es al mismo tiempo lo óptimo. Aquí, sólo trataremos de iluminar algunos postulados fundamentales de esta ideología, y mostrar ya sea la vacuidad o la irrealidad.

La idea que domina a todas las demás es la idea de *separabilidad*, que conduce a la de *imputación separada*. Ahora bien, de hecho, el sub-espacio económico, así como todos los sub-espacios sociales, no es



ni discreto ni continuo; términos que aquí son utilizados metafóricamente. En sus actividades económicas, un individuo o una firma son desde luego reconocibles, designados como entidades aparte, pero su actividad en todos sus aspectos está constantemente mezclada con la de un número indefinido de otros individuos o firmas de una multiplicidad de maneras que, ellas mismas, no son estrictamente separables. Una firma toma decisiones en función de un «clima general de la opinión», y esas decisiones, aunque esta sean poco importantes, alterarán ese clima general. Sus acciones, sin que ella lo espere o lo sepa, harán fácil la vida y la actividad de otras firmas (economías externas) o más difícil (deseconomías externas), y a su vez, ella sufrirá, positiva o negativamente, los efectos de las acciones de otras firmas y de otros factores de la vida social. La imputación de un resultado económico a una firma es puramente convencional y arbitraria, esta sigue fronteras trazadas por la ley (propiedad privada), la convención o la costumbre. Igual de arbitraria es la imputación de un resultado productivo a tal o tal factor de producción, el «capital» o el «trabajo». Capital (en el sentido de medio de producción producidos) y trabajo contribuyen con el resultado produc-

tivo sin que se pueda, salvo en los casos más triviales y quizá ni eso, separar la contribución de cada uno. Lo mismo vale al interior de una fábrica entre los diferentes departamentos y talleres, igualmente para el «resultado del trabajo» de cada individuo. Nadie podría hacer lo que hace sin la sinergia de la sociedad donde está inmerso, y sin la acumulación en sus gestos y en su espíritu de los efectos de la historia precedente. Esos efectos son, tácitamente, tratados por la economía política clásica como «regalos gratuitos de la historia», pero estos tienen resultados fuertemente tangibles, que se constatan cuando se compara la productividad industrial de una ciudad europea y la de las poblaciones de los países precapitalistas<sup>11</sup>. El producto social es el producto de la cooperación de una colectividad cuyas fron-

<sup>11</sup> ... En mi texto de 1974 citado más arriba (n. 1) ya anotaba que los responsables de la «política del desarrollo» comenzaban a entender que los «obstáculos al desarrollo» se situaban más profundamente que la falta de capital o de cualificaciones técnicas. Esto se consignó en los reportes oficiales del Banco Mundial, por ejemplo, pero sin influenciar a los «economistas teóricos». Por lo demás, incluso los responsables políticos «serios» siguen descubriendo la luna. En un discurso reciente, M. Alan Greenspan, presidente del Federal Reserve Board, adelantaba la idea de que la introducción del capitalismo en un país era imposible si no se habían dado algunos presupuestos «culturales». William Pfaff, en el International Herald Tribune del 14 de julio de 1997 (p. 8) lo cita diciendo que después de 1989 (!!) él había descubierto que «muchas cosas que habíamos creído como evidentes en nuestro sistema de mercado libre y que se suponía pertenecían a la naturaleza humana, no pertenecían de ninguna manera a la naturaleza, sino a la cultura. El desmantelamiento de la planificación central en una economía no instaura automáticamente, como algunos lo suponían», un capitalismo de mercado.

teras son fluidas. La idea de producto individual es una herencia de la convención/institución jurídica de la primera instauración de la «propiedad privada» del suelo. Esas ideas, separabilidad en general y posibilidad de imputación separada en particular, son los presupuestos tácitos de los postulados de la teoría económica.

El primero de estos postulados, explícito e implícito incluso bajo formas atenuadas, es el del *homo economicus*, que no concierne sólo a los individuos, sino a las organizaciones (empresas, Estado - aunque éste, curiosamente, parezca escapar al postulado de racionalidad que caracterizaría a todos los demás actores de la vida económica, sin duda porque él está perturbado por factores políticos). El hecho de que esos cuerpos colectivos desarrollen conductas, «racionalidades» y sobre todo irracionalidades específicas no preocupa desmesuradamente a los teóricos. Este hombre económico es un hombre única y perfectamente calculador. Su comportamiento es el de un computador que maximiza/minimiza en todo instante los resultados de sus acciones. Fácilmente, se podría hacer reír al lector si se desarrollan las consecuencias rigurosas de esta ficción: por ejemplo, que él mismo cada mañana, después de despertarse pero antes de salir de su cama, repase sin saberlo las miles de posibilidades que se le ofrecen para maximizar el agrado o minimizar el desagrado del día que comienza, pondera las combinaciones y pone su pie en el piso, siempre preparado para revisar las conclusiones de su cálculo a la luz de toda información nueva que recibe. Al igual que la visión de conjunto del sistema capitalista por sus apologistas parece ignorar la historia, la etnología y la sociología, ese postulado quiere ignorar la psicología y el psicoanálisis así como la sociología de los grupos y las organizaciones. Nadie funciona si trata constantemente de maximizar/minimizar sus «utilidades» y «desutilidades», sus beneficios y sus costos, y nadie podría hacerlo. Ningún consumidor conoce el conjunto de las mercancías que están en el mercado, sus cualidades y sus defectos, y ninguno podría conocerlas. Ninguno está guiado exclusivamente por consideraciones de utilidad o de «optimalidad» personal; él debe escoger en el entorno accesible, influenciado por la publicidad, sus «gustos» reflejan una cantidad de influencias sociales más o menos aleatorias desde el punto de vista «económico». Eso es válido también para las decisiones de las organizaciones. La burocracia gerencial que dirige las firmas no sólo tiene una información imperfecta y criterios casi siempre falsos,

sino que no toma sus decisiones como conclusión de un procedimiento «racional», esta llega al final de una lucha entre grupos y clanes movidos por un conjunto de motivaciones donde la maximización de las ganancias de la firma es sólo una de ellas y no es siempre la más importante.

El postulado de la matematización es evidentemente consubstancial a la «racionalización» concebida como cuantitativa exclusivamente. Los manuales y los textos de economía política están llenos de ecuaciones y de gráficos, que casi siempre carecen de sentido, que son como ejercicios elementales de cálculo diferencial y de álgebra lineal. Esta ausencia de sentido tiene muchas razones:

- Esta matematización es esencialmente cuantitativa (algebraico-diferencial). Ahora bien, la economía efectiva presenta la paradoja de estar llena de cantidades, que no están realmente sujetas a tratamientos matemáticos salvo los elementales. Están desde luego las cantidades físicas, pero esas cantidades, lo sabemos, son heterogéneas. Estas no pueden ser adicionadas ni sustraídas, a menos que se trate rigurosamente del mismo objeto. (No hablo de los cálculos del ingeniero). A pesar de todo son adicionados al mercado, o a los tableros de contabilidad nacional, a través de su precio. Pero las magnitudes así establecidas sólo tienen significación al interior de un marco muy estrecho. Por ejemplo, no son comparables ni intertemporal, ni internacionalmente. Sólo son sumables las evaluaciones a los precios corrientes, y estas sólo dan una imagen «instantánea» y de significación limitada. Estrictamente hablando, no tiene mucho sentido comparar, por ejemplo, el producto nacional en períodos temporales sucesivos así sean poco alejados, porque su composición ha cambiado entre-tiempos y los métodos inventados para eludir el famoso problema de los números índice son artificios poco rigurosos. Esto no contradice la verdad de enunciados tales como «la producción ha retrocedido este año respecto al año anterior», o «el consumo obrero ha aumentado considerablemente desde hace un siglo», pero hace que los cálculos y las previsiones de tercer o cuarto decimal, a menudo utilizados en la contabilidad nacional, sean irrisorios.

- La economía política habla todo el tiempo del «capital» como factor de producción, entendiéndose por esto el conjunto de los medios de producción producidos. Ahora bien, este conjunto no es realmente medible, por múltiples razones: su composición es heterogé-

nea, las evaluaciones de los bienes que lo componen a los precios de mercado pueden cambiar de un momento a otro según el estado de la demanda y según las anticipaciones de ganancia, las invenciones técnicas que intervienen todo el tiempo, modifican constantemente el «valor» de los elementos que lo componen (las máquinas nuevas pueden perder todo su valor si aparecen máquinas más eficientes en el mercado); los cambios de los «gustos», es decir las modificaciones más menos durables de la estructura de la demanda, igualmente modifican el «valor» de esos elementos. Esto no impide a los manuales de economía política, e incluso a los premio Nobel, hablar todo el tiempo de «funciones de producción» y disputarse sobre su forma matemática más apropiada.

- Por otra parte, el cálculo diferencial se relaciona con magnitudes continuas, mientras que las cantidades económicas son discretas (sea que se tomen «físicamente» o que se tomen sus evaluaciones a precios corrientes). Las derivadas y los diferenciales de los que están repetidos los textos económicos son una irrisión de la matemática. Todas las curvas «marginales» -de costos, de «utilidad», etc.- están profundamente privadas de sentido. Es cierto que la misma cuestión de principio aparece en física cuántica, donde se utiliza el cálculo diferencial mientras que los fenómenos tienen probablemente una estructura subyacente discreta. Pero la realidad observable es al menos lo suficientemente «pseudocontinua» para justificar este tratamiento, y esto es por lo demás mostrado por la eficacia científica de los métodos de la física. (Lo mismo vale para las ecuaciones de la termodinámica estadística.) Se pueden «interpolarse» los puntos de una curva supuesta a partir de valores observables muy cercanos, y se puede entonces calcular una cuasi-derivada. Pero un gráfico en el que sólo pueden ser determinados pocos puntos excluye el tratamiento por el análisis matemático. Esto es cierto en todos los campos de la economía, pero particularmente tratándose del capital y la producción. Para tomar un ejemplo sorprendente, pero de ninguna manera excepcional, una compañía de aviación que quiere aumentar su capacidad de transporte sólo puede hacerlo comprando unidades que valen decenas de millones de dólares por pieza.

- Todo remite a decir que la noción de función en economía está privada de validez. Una función es una ley que vincula de una manera absolutamente rígida uno o más valores de la variable independiente

para uno y sólo un valor de la variable dependiente. Pero, suponiendo incluso que esas variables puedan ser medidas, tales relaciones rígidas simplemente no existen en economía. Hay desde luego un gran número de regularidades aproximativas, sin las cuales la vida real de la economía sería imposible. Pero la apreciación correcta de esas regularidades y su utilización adecuada por los actores de la economía son propias del arte, no de una «ciencia». Podemos estar seguros, en general, de que si la demanda de una mercancía aumenta respecto a una oferta más o menos fija, el precio de la mercancía va a aumentar. Pero es absurdo querer decir matemáticamente en cuánto va a hacerlo. Asimismo, un aumento de la demanda provocará, en general, un aumento de la producción. Pero la repartición del poder de compra de la demanda adicional entre el aumento del precio y el aumento de la oferta (de la producción) depende de toda una serie de factores que no se pueden medir y a decir verdad no son siempre asignables: por ejemplo, el grado de oligopolio en la rama considerada, las estimaciones de las firmas que conciernen el carácter pasajero o durable del aumento de la demanda, etc. Las posibilidades mismas de aumento de la oferta (de la producción) en un caso tal no son verdaderamente determinables *a priori*. La capacidad de producción en capital fijo sólo está rigurosamente determinada en algunas ramas excepcionales (altos hornos, etc.). Para la mayoría de las industrias manufactureras, esta capacidad puede variar de lo simple a casi lo triple, según sea posible pasar del trabajo con un equipo al trabajo con dos o tres equipos. El grado de utilización del capital fijo es vago, y, en menor grado lo mismo vale para la intensidad de utilización de la fuerza de trabajo. Mas generalmente, hablar de "leyes" es un monstruoso abuso del lenguaje, por fuera, una vez más, de algunos casos triviales que ellos mismos no

son susceptibles de un tratamiento cuantitativo riguroso. Incluso en el período corto, en economía «estática», el estado y la evolución del sistema dependen esencialmente de las acciones y reacciones de los individuos, los grupos y las clases, que no están sometidos a determinismos fijos. Esto vale aún más para la evolución a mediano y largo plazo. Esta está determinada en parte por

<sup>12</sup> \_ «Notes on the economics of technical progress», en *The Rate of Interest and Other Essays*, Londres, MacMillan, 1952, p. 56: «If future innovation were foreseen in full detail it would begin to be made at once...». El argumento se encuentra también en textos posteriores de Karl Popper, para mostrar igualmente la imprevisibilidad del progreso técnico.

\_ [Castoriadis retoma aquí la fórmula de Kaldor sobre la teoría kaleckiana de la repartición.]

el ritmo y el contenido de los cambios tecnológicos, que son en esencia imprevisibles. Si fueran previsibles, habrían sido instantáneamente realizados, como ya lo anotaba Joan Robinson en 1951<sup>12</sup>. Por otra parte, también está determinada por la actitud de las firmas que, además de otros factores «irracionales», está motivada por sus anticipos, pero nada garantiza que serán correctos. Finalmente, está determinada por el comportamiento de la clase de trabajadores, también poco previsible (su tendencia a reivindicar, por ejemplo, y la posibilidad de hacerlo con éxito, está sujeta a factores psicológicos, políticos, etc.).

• Por último, lo esencial de los razonamientos de la economía académica concierne al estudio de las situaciones de «equilibrio» y de sus condiciones de realización. La obsesión por el equilibrio tiene dos raíces, ambas ideológicas. Las situaciones de equilibrio se escogen puesto que son las únicas que permiten soluciones determinadas y unívocas: los sistemas de ecuaciones simultáneas suministran una máscara de científicidad rigurosa. Por otra parte, los equilibrios son casi siempre presentados como equivalentes a situaciones de «optimización» (mercados «despejados», factores plenamente empleados, consumidores que realizan su satisfacción máxima, etc.). El resultado ha sido que, hasta los años 1930, los desequilibrios persistentes o los «equilibrios» catastróficos o no optimizadores (los «equilibrios» de los mercados monopolísticos u oligopólicos, que implican una sobre-explotación adicional de los consumidores, o los «equilibrios» de sub-empleo) tendieron a estar ocultos o relegados a notas de pie de página. Incluso se había logrado la hazaña (Pigou) de presentar situaciones de desempleo masivo como situaciones de equilibrio más o menos satisfactorias, al explicar que los obreros desempleados en realidad se habían «retirado del mercado» porque rechazaban una reducción ínfima de sus salarios para encontrar empleo. (Este tipo de estupideces está aún en pleno vigor hoy en día, cuando se pretende que el desempleo en Europa se acabaría sólo si la «oferta de trabajo» fuera más «flexible», es decir si los obreros aceptaran disminuciones de sus salarios y otras ventajas.) Ahora bien, la situación permanente de la economía capitalista es una sucesión de desequilibrios cambiantes, lo que tiene como resultado hacer a la vez aleatorios los anticipos, y la estructura existente en todo momento tanto del «capital» como de la demanda plena de «fósiles» (Joan Robinson).

## La realidad efectiva de la economía capitalista

*«La pregunta es, dice Alicia, si usted puede hacer que las palabras signifiquen muchas cosas diferentes.»*

*«La pregunta es, respondió Humpty Dumpty, quién va a ser el amo, es todo.»*

Por mucho tiempo, la nueva «ciencia económica» sólo se preocupó de los factores determinantes de los precios de las mercancías particulares en condiciones de «equilibrio» estático. Los economistas creían o parecían creer que los mismos factores que determinan el precio de una mercancía «ideal» en condiciones «ideales» (competencia perfecta, etc.) determinarían casi todos los precios (incluidos el «precio del trabajo» y el «precio del capital»), que a su vez determinarían todo lo que pase por importante en la economía: su equilibrio global, la repartición del ingreso nacional, la asignación de los recursos producidos entre diversas categorías de utilizadores y de utilización, y - pero esta cuestión permanecía en una vaguedad oscura - la evolución a largo plazo. Todo esto debía, con pocas correcciones, derivar curvas de costos y utilidades marginales, de las que se podía «demostrar» fácilmente que se cruzaban siempre en puntos óptimos de «equilibrio». Que la característica fundamental del capitalismo sea el trastorno brusco y violento de la economía y de la sociedad, y por lo tanto la reproducción incesante de las discontinuidades, no parecía hacerles perder el sueño.

Esta continua canción ha sido murmurada *sotto voce* por los economistas académicos de hoy, pero ya nadie parece tomarla en serio. Sin duda esto se debe a que la ficción de la competencia perfecta, pura y perfecta o perfectamente perfecta se ha disipado en humo - volveré sobre esto más adelante - y a que es, incluso sobre el papel, imposible pasar de la realidad de mercados oligopólicos a «equilibrios» generales que optimizan sólo los beneficios de los oligopolios o, más precisamente, de los clanes que los dirigen. Aún más, la mundialización *efectiva* de la producción capitalista con las diferencias colosales de las condiciones de producción que hace aparecer entre los países antiguamente industrializados y los países «emergentes» hace irrisorio todo postulado de homogeneidad, incluso si es aproximado de los mercados de los «factores de producción» a escala del planeta.

En la fase «clásica» del capitalismo, hasta los alrededores de 1975, tres grupos de problemas se planteaban a todo análisis económico que hubiera querido tener una pertinencia relativa a la realidad y a los aspectos de la economía que importan al estado y la evolución de la sociedad. El primero, claramente definido por Ricardo y retomado por Marx, es el de la repartición del producto social («ingreso nacional»). Este influencia fuertemente la asignación de los recursos entre categorías («sectores») de la producción. El segundo es el de la relación entre los recursos productivos disponibles («capital» y trabajo) y la demanda social efectiva, relación de la que depende el pleno empleo y el sub-empleo de estos recursos. Este punto está estrechamente ligado al tercero: el de la evolución de la economía, es decir el crecimiento efectivo o deseable de la producción. Los tres grupos están en estrecha comunicación, porque por ejemplo la repartición del ingreso es el principal factor que regula la repartición de los recursos, que a su vez juega un papel esencial tanto en la cantidad como en el contenido de la inversión, y así mismo en las evoluciones futuras de la economía.

Si se ignoran los detalles, las calificaciones y los casos especiales, y si en una primera etapa se hace abstracción del comercio exterior (por ejemplo si se considera una economía mundial que se supone más o menos homogénea), la respuesta a estas preguntas es sorprendentemente simple. La repartición de la renta entre las clases sociales y, al interior de cada una de esas clases, entre grupos sociales evoluciona sobre todo en función de la relación de fuerzas entre ellos. Esta repartición regula como primera aproximación la asignación de los recursos entre consumo e inversión. En general, los trabajadores consumen lo que ganan y los que tienen ganan lo que gastan<sup>13</sup>; consumen una parte menor de su renta e invierten la mayor parte - o no la invierten, caso en el cual esta desaparece, al mismo tiempo que aparece una situación de subempleo. Por ese mismo lado está también determinada la repartición de la inversión entre industrias productoras de bienes de consumo e industrias productoras de medios de producción. El «equilibrio global» - la igualdad aproximada entre capacidad de oferta; es decir, empleo del capital y de la fuerza de trabajo disponibles, y demanda efectiva; es decir, solvente - depende en primer lugar de la cantidad de inversión. Si se considera como un dato el total de los salarios y las rentas de los que tienen destinados al consumo, sólo habría equilibrio si

<sup>13</sup> [Castoriadis retoma aquí la fórmula de Kaldor sobre la teoría kalekiana de la repartición.]

las empresas invierten para absorber más o menos la capacidad productiva de las industrias productoras de medios de producción. Nada impide que éstas lo hagan. Pero también, nada garantiza que lo harán. Esto depende de numerosos factores, entre ellos, el principal está formado por sus anticipaciones concernientes a la demanda proveniente de sus productos<sup>14</sup>. Sobre esas anticipaciones, se puede decir *a priori* y en general pocas cosas razonables. De ahí las fluctuaciones recurrentes del nivel de actividad y los «accidentes» que pueden llegar hasta depresiones mayores a fases de fuerte inflación. Si se considera en primera aproximación, el ritmo del progreso técnico (por lo tanto también de la elevación de la productividad del trabajo) más o menos constante, esas mismas anticipaciones y el nivel de inversión que ellas comandan determinarán la tasa de crecimiento de la economía a más largo plazo. Estos estarán, en ese caso, fuertemente influenciadas en tendencia por el conjunto de la experiencia pasada de la economía capitalista, que es la de una expansión promedio. Habrá entonces en el «largo plazo» un sesgo favorable al crecimiento, pero también un margen de incertidumbre importante en cada momento particular para cada empresa particular, la cual, combinada con los efectos en eco de las fluctuaciones precedentes sobre el capital fijo existente, excluye que haya jamás un crecimiento equilibrado y estacionario (a tasas más o menos constantes, *steady*) a largo plazo. Este marco general puede y debe ser evidentemente completado con la consideración de otros factores (aceleración o disminución del progreso técnico, variaciones en el movimiento demográfico, apertura de nuevas zonas geográficas de aprovechamiento y así sucesivamente).

Nada en todo esto permite hablar de un equilibrio asegurado, ni de una tasa de crecimiento o de un nivel de producción óptimo, ni de una maximización de la utilidad social, ni de una remuneración del trabajo según su «producto marginal», ni de una tasa natural de beneficio o de interés, ni de ningún otro de los cupidos y ninfas que habitan los manuales de economía. En particular, los beneficios de las firmas no están determinados por el «costo marginal» de su

<sup>14</sup> ... Keynes agregaba el «costo» de la inversión medido por la tasa de interés. Pero, para las zonas importantes, las variaciones de la tasa de interés son menos decisivas que las perspectivas de ganancia, y sobre todo sus efectos son asimétricos. Los Bancos centrales pueden evitar una expansión a través de alzas importantes en la tasa de interés, pero pueden menos fácilmente, por no decir del todo, suscitarla. De ellos son testigo numerosos casos desde 1945, y aún ahora, está la situación de Alemania, Francia y sobre todo Japón. Las tasas reales en Francia y Alemania están en el nivel más bajo desde hace mucho tiempo; mientras que en Japón la de descuento es del 0.5% y el rendimiento de las obligaciones es inferior al 2%.

producto (que sólo fija, en tiempo normal, un límite inferior a sus precios de venta) sino por el precio que ellas pueden obtener (imponer, arrebatar) por su producto dado el estado de la demanda. Esto por sí mismo excluye toda discusión sobre la «racionalidad» de la asignación de recursos en la economía.

Estos son algunos hechos que muestran concretamente de qué está hecha la «racionalidad» económica en el capitalismo:

- Cada firma invierte en primer lugar, en su propia línea de producción, y no donde el beneficio sea «marginamente superior» (por lo tanto «socialmente preferible»). Si se arriesga a invertir en otros sectores, es porque prevé una tasa de ganancia *sensiblemente* superior.
- Casi todas las firmas (incluidos los comercios de barrio) se encuentran en situación de oligopolio, y no en competencia - si no es de monopolio o de alianza de los productores de una forma u otra.
- Este hecho provoca la vaguedad de las nociones: «mercancía» como producto homogéneo y «sector» como conjunto de firmas que producen «el mismo producto».
- Las decisiones de la firma, invertir o no, aumentar o disminuir la producción, son siempre tomadas con una información incompleta y sesgada; en las firmas importantes, esas decisiones son el resultado de batallas internas de «expertos» y de clanes burocráticos (y no de un «procedimiento racional de decisión», Simon, etc.). Estas están fuertemente sesgadas en el sentido de que favorecen que se mantenga en su lugar el equipo dirigente, como lo habían mostrado desde los años 60 los estudios de Robin Marris.
- La situación interna de la firma presenta un grado más o menos grande de opacidad para los dirigentes, por el hecho de la burocratización de la firma y de la resistencia de los trabajadores<sup>15</sup>.
- El «mercado del capital» (y del crédito) es totalmente «imperfecto», a la vez porque los fondos disponibles, como ya lo dijimos, se dirigen preferiblemente hacia los lugares donde han sido adquiridos, porque la situación de los prestatarios es opaca, porque los vínculos fuertes existen entre bancos e industria.
- Muy ligado al punto precedente, el «capital», como poder de disponer de recursos productivos y sobre todo del trabajo del otro, está en parte dissociado de la propie-

<sup>15</sup> ... Ver mi texto «Sur le contenu du socialisme III» (1958), ahora en *L'Expérience du mouvement ouvrier*, t. II, París, UGE, col. «10/18», 1974.

dad o posesión de sumas de valores. Lo esencial es la posibilidad de *acceso* a tales recursos que puede ser asegurada por otras vías (por ejemplo el crédito bancario).

- La «evaluación» de las empresas existentes en el mercado es nebulosa, puesto que esta depende de las anticipaciones que conciernen a sus beneficios futuros y la «tasa media» esperada de ganancia.
- La producción (y hasta cierto punto el mercado de trabajo) está llena de rentas de situación.
- La propiedad privada de la tierra crea una renta absoluta de la tierra (Marx) que no tiene y no puede tener ninguna justificación económica.
- La fuerza de trabajo no es una mercancía. Su producción y reproducción no son y no pueden ser reguladas por un «mercado<sup>16</sup>».
- El rendimiento efectivo del trabajo (o la tasa efectiva de remuneración/rendimiento físico, TERR<sup>17</sup>) es indeterminado.

En la fase presente del capitalismo, es decir más o menos el último cuarto de siglo, todo esto es cierto pero nuevos factores trastornan la perspectiva del conjunto. Así, la mundialización efectiva de la producción, hecha posible por los nuevos desarrollos tecnológicos (en resumen, la reducción a casi nada, cuantitativamente hablando, de la importancia de la cualificación del trabajo en la producción material, poniendo así a disposición del capital mundial a millares de hambrientos del mundo) y políticos (el desarme de los gobiernos en materia de

política económica, en particular la liberación total de los flujos internacionales de capital), tuvo el efecto, en apariencia paradójico, de destruir la homogeneidad de las condiciones económicas de producción en el mundo, en el momento mismo en que el mercado verdaderamente mundial se establecía. Toda discusión sobre la determinación de los precios o de lo que sea - incluidas las ganancias capitalistas - a través de factores «racionales» es en estas condiciones irrisoria. Volveré sobre esto en la última parte de este texto.

<sup>16</sup> \_ He desarrollado este punto en numerosas ocasiones: en «Sur la dynamique du capitalisme» (*Socialisme ou Barbarie*, no 12, septiembre-octubre de 1953); «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne» (1960), retomado en *Capitalisme moderne et Révolution*, t. II, París, UGE, col. «10/18», 1979; «Valeur, égalité, justice, politique: de Marx à Aristote et d'Aristote à nous» (1975), retomado en *Les Carrefours du labyrinthe*, París, Ed. Seuil, 1978 [reed, col. «Points Essais», 1998]. Sobre el texto del «Valor, igualdad, Política: de Marx a Aristóteles y de Aristóteles a nosotros» en *Psiquis y Sociedad una crítica al racionalismo*. Ensayo & Error. Tunja. 1998. Págs 17-118.

<sup>17</sup> \_ Ver mi libro *Devant la guerre*, París, Fayard, 1981, p. 132, n. 1.



Estudio para unos monstruos  
Plummy y bistré. 31,8 X 21 cm

### Eficacia relativa, flexibilidad y resistencia del capitalismo

La mejor justificación del capitalismo es la que ofrecía Schumpeter, al final de su vida, en *Capitalisme, Socialisme, Démocratie*, como lo resumió Joan Robinson<sup>18</sup>: el sistema es, desde luego, cruel, injusto, turbulento; pero suministra la mercancía, y dejen de protestar porque esa es la mercancía que ustedes quieren.

Aquí también, es una justificación circular. En los países «ricos», las personas «quieren» esa mercancía porque están preparados, desde su edad más tierna, a quererla (visite una escuela maternal hoy) y porque el régimen les impide, de mil y una manera, querer cualquier otra cosa. En todos los países, porque, si el capitalismo no ha inventado *ab ovo* lo que se llama efecto demostración, ha llevado la omnipotencia a un grado antes desconocido. Por el momento, mal que bien, el sistema sigue

<sup>18</sup> \_ *Economic Philosophy*, Harmondsworth, Penguin, 1962, p. 130. Hay traducción en español. Gredos. Madrid. 19962.

siendo capaz de suministrar esta mercancía. La discusión no puede detenerse aquí: por el tiempo que las personas quieran esta acumulación de baratijas, acumulación cada vez más aleatoria para un número creciente de personas, y de las que podrán estar o no estar saturados algún día, la situación no cambiará.

Pero algunas preguntas subsisten. ¿Hasta donde llega, y sobre qué se apoya, esta «eficacia», a pesar de todas sus limitaciones, del capitalismo? ¿Cómo es que el régimen ha podido sobrevivir a una larga serie de crisis y de vicisitudes históricas y, hasta cierto momento al menos, salir reforzado? ¿Cuáles son, en esta perspectiva, los cambios que su nueva fase puede engendrar?

La respuesta a la primera pregunta no es tan difícil. El capitalismo es el régimen que busca incrementar la producción por todos los medios - no olvidemos que se trata de cierta producción - y disminuir por todos los medios sus «costos» - tampoco olvidemos que son costos, muy restrictivamente definidos: ni la destrucción del entorno, ni el rebajamiento de las vidas humanas, ni la fealdad de las ciudades, ni la victoria universal de la irresponsabilidad y el cinismo, ni el remplazo de la tragedia y de la fiesta popular por la serie de televisión se toman en cuenta en este cálculo, y no podrían serlo en ningún cálculo de este tipo. Para realizar este fin, se supo y se pudo contar con un desarrollo de la tecnología sin precedente en la historia, que él mismo promovió de mil maneras; tecnología también estrechamente orientada, es cierto, pero adecuada para los fines perseguidos: poder para los dominantes, consumo en masa para la mayoría de los dominados, destrucción del sentido del trabajo, eliminación del rol humano del hombre en la producción. Pero el medio más formidable fue la destrucción de todas las significaciones sociales precedentes y la impregnación en el alma de todos o de casi todos de la pasión por adquirir lo que, en la esfera de cada uno, es o parece accesible, y para ello aceptar prácticamente todo. Esta enorme mutación antropológica puede ser elucidada y entendida, pero no «explicada».

A estos medios se agregó, desde cierto momento y no desde el origen, la transformación de un mecanismo institucional muy antiguo, el mercado, al libertarlo de toda y extenderlo gradualmente a todas las esferas de la vida social. Este mercado no es, nunca fue y no será nunca, por el tiempo que el capitalismo exista, un mercado «perfecto» ni siquiera verdaderamente competitivo en el sentido piadoso de los manuales

de economía política. Siempre estuvo caracterizado por las intervenciones del poder estatal, las coaliciones de capitalistas, la retención de la información, las manipulaciones de los consumidores y la violencia abierta o camuflada contra los trabajadores. Difiere poco de una jungla moderadamente salvaje, y, como en toda jungla, los más aptos para sobrevivir sobrevivieron, y sobreviven; excepto que esta aptitud a la supervivencia no coincide con ningún óptimo social, ni incluso con el máximo de una producción obstaculizada por la concentración del capital, los oligopolios y los monopolios, sin hablar de las asignaciones irracionales de los recursos, de las capacidades no empleadas y del conflicto permanente alrededor de la producción en los lugares de trabajo. Pero a través de los altibajos, los auges y las depresiones, mal que bien el sistema ha funcionado en sus límites y según sus finalidades.

La respuesta a la segunda pregunta, si es que hay una, es más difícil y compleja. En esencia, es paradójica. Dejada a sí misma, la minimización de los costos implica lógicamente los salarios más bajos posibles para la productividad más alta posible. Hacia una situación de ese tipo se orientaba espontáneamente el capitalismo de la primera mitad del siglo XIX, y esta lógica es la que Marx extrapolaba con sus concepciones de la pauperización y la sobreproducción. Las luchas obreras fueron las que contrarrestaron esta tendencia, al imponer aumentos de los salarios y reducciones de la jornada de trabajo que crearon marchas internas enormes de consumo y evitaron al capitalismo ser ahogado en su propia producción. Se vio igualmente, se sabe, se puede demostrar - Keynes lo hizo -, que, dejado así mismo, el sistema no conduce espontáneamente a un «equilibrio», tan aproximado como sea, sino más bien hacia una alternancia de fases de expansión y contracción - las crisis económicas -; y las más violentas pueden engendrar, y lo han hecho, una destrucción considerable de las riquezas acumuladas y un desempleo vertiginoso (30% de la fuerza de trabajo de los Estados Unidos en 1933). Ahora bien, aún aquí, las reacciones sociales y políticas son las que impusieron a partir de 1933, primero en Estados Unidos, nuevas políticas de intervención del Estado en la economía.

En los dos casos - repartición del producto social, rol del Estado -, el establecimiento capitalista, bancario y académico combatió violentamente esas múltiples innovaciones que amenazaban con conducir al fin del mundo. Por mucho tiempo, los patrones no se limitan a pedir (y a obte-



ner) la intervención de la armada contra los obreros en huelga; también proclamaron que les era imposible acordar aumentos de salario o reducciones de la jornada de trabajo sin provocar la ruina de su empresa y de toda la sociedad; y siempre encontraron profesores de economía política que les dieran la razón. Y M. Rueff, el héroe de la política económica francesa, organizaba la «deflación Laval» en 1932, mientras que en el otro lado de la Mancha el Tesoro y el Banco de Inglaterra acumulaban los memorandos que demostraban que toda reactivación de la demanda a través de trabajos públicos engendraría una catástrofe económica.

Fue después de la Segunda Guerra mundial que los aumentos más o menos regulares de los salarios y la regulación estatal de la demanda global fueron generalmente aceptados por los empresarios y los economistas académicos. El resultado fue la fase más larga de expansión capitalista, casi ininterrumpida (los «Treinta Gloriosos»). Como Kalecki lo previó en 1943, una presión creciente sobre los salarios y los precios fue la consecuencia y se manifestó claramente a partir de los años 60. Nada muestra que esta no hubiera podido ser moderada por políticas moderadas. Pero aquí, un factor propiamente político entró en juego. Esta situación moderadamente inflacionaria dio la señal, y el pretexto, de una contra-ofensiva reaccionaria (Thatcher, Reagan), una especie de contra-revolución conservadora, que luego de quince años se extendió sobre todo el planeta. En el plano político, esta contra-ofensiva explotó el fracaso de los partidos de «izquierda» tradicionales, la enorme pérdida de influencia de los sindicatos, la monstruosidad manifiesta de los regímenes del «socialismo real» incluso antes de su derrumbamiento, la apatía y la privatización de las poblaciones, su irritación creciente contra la hipertrofia y la absurdidad de las burocracias estatales. A excepción del último, todos esos factores traducen directa o indirectamente la crisis del proyecto social-histórico de autonomía individual y colectiva. El gran desequilibrio de la relación de las fuerzas sociales que resultó, permitió el regreso a un «liberalismo» brutal y ciego, del que los beneficiaron principales son las grandes firmas de la industria y de las finanzas y los grupos que las dirigen, pero que supera de lejos su rol político; en Francia, España, en varios países nórdicos, los partidos denominados socialistas fueron los que se encargaron de introducir e imponer, o mantener (Gran Bretaña) el neoliberalismo. Asistimos al triunfo no mitigado del imaginario capitalista en sus formas más burdas.

Este se materializó esencialmente por el desmantelamiento del rol del Estado en el campo económico. Los movimientos internacionales de los capitales se liberaron de todo control; el fetichismo del equilibrio presupuestario impidió toda política de regulación de la demanda; la política monetaria pasó enteramente a las manos de los Bancos centrales cuya única preocupación es la lucha contra una inflación en lo sucesivo inexistente. Esto ha dado como resultado desde hace quince años un desempleo mantenido a niveles elevados; donde hubo un retroceso del desempleo, como en Estados Unidos y Gran Bretaña, el precio fue la proliferación de los trabajos de tiempo parcial o mal remunerados y el estancamiento o reducción de los salarios reales, paralelamente a un crecimiento continuo de los beneficios de las firmas y de las ganancias de las clases ricas. El ataque frontal contra los salarios y las ventajas antes adquiridas por los trabajadores, permitido por el aumento del desempleo y la precariedad de los empleos, está justificado por el chantaje: era necesario reducir los costos del trabajo para poder hacer frente a la competencia exterior o evitar las deslocalizaciones. Tal vez se pretende así hacer creer que una disminución de un porcentaje de los salarios en Francia o en Alemania sería suficiente para luchar victoriosamente contra la producción de países donde los salarios son un décimo o un veinteavo de los nuestros (2.5 dólares, o sea 15 francos, por día para los obreros de Nike acorralados en la *ergástula* de esta firma en Indonesia, y aún menos en Vietnam). Ninguna «flexibilidad del trabajo» en los viejos países industrializados podría resistir la competencia de la mano de obra miserable de países que contienen una reserva inagotable de fuerza de trabajo. Existen, «movilizables» rápida y prácticamente sin necesidad de formación, centenas de millones de obreros y obreras potenciales en China, India, casi igual en los otros países de Asia, sin hablar de América latina, Africa y Europa del Este. Y es irrisorio pretender que una transición sin tropiezos podrá llevar a los países que presentan tales brechas en sus condiciones iniciales a un estado de división internacional armoniosa del trabajo. Se asiste a una fase de transición brutal, salvaje, a una escala mucho más vasta y en un lapso de tiempo mucho más corto que las otras fases de transición de la historia del capitalismo, que se quiere justificar con el pretexto absurdo de que el curso actual es ineluctable, ninguna política puede resistir el *juggernaut* de la evolución de la economía.



En tal situación, es vano discutir una «racionalidad» cualquiera del capitalismo. El régimen ha alejado de sí mismo los medios de control que ciento cincuenta años de luchas políticas, sociales e ideológicas habían logrado imponerle. La dominación salvaje de los «barones» depredadores de la industria y de las finanzas en Estados Unidos al final del siglo pasado sólo ofrece un pálido precedente. Las firmas transnacionales, la especulación financiera e incluso las mafias en el sentido estricto del término destruyen el planeta, guiados únicamente por la visión a corto plazo de sus beneficios. El fracaso repetido de toda tentativa de preservar el entorno contra los efectos de la industrialización, civilizada y salvaje, sólo es el signo más espectacular de su miopía. Los efectos previsibles y terroríficos de la «modernización» de los otros cuatro quintos del mundo no juegan ningún rol en las políticas actuales<sup>19</sup>.

La perspectiva que resulta no es la de una «crisis económica» del capitalismo en general en el sentido tradicional. En abstracto, el capitalismo (las firmas mundiales) podría llevarse cada vez mejor hasta el día en que el cielo nos caiga sobre la cabeza. Esto supondría siempre, entre otros, que la ruina de los viejos países industrializados, sobre todo en Europa, y la salida de millares de personas de su mundo milenario para entrar en sociedades tecnificadas, asalariadas y urbanas en los países aún no industrializados podrían desarrollarse sin conmociones sociales y políticas mayores. Es una perspectiva posible. No es seguro que sea la más probable.

El análisis puede ir hasta establecer este tipo de interrogaciones. El resto depende de las reacciones y acciones de las poblaciones de los países en cuestión.

(Septiembre 1996 - Agosto 1997)

Tomado del *Les Carrefours du labyrinthe 6*, París, Ed. Seuil, 1999.

<sup>19</sup> Ya evocaba los efectos previsibles de la industrialización de los países «no desarrollados» en mi texto de 1974, citado en la nota 1, y sin duda no fue el primero.



La creación del mundo  
Grisalla sobre tabla, 220 X 195 cm.